

IMAGINAR Y VIVIR LA VEJEZ EN TRES OBRAS DE MARÍA LUISA PUGA

*Ma. del Carmen Dolores Cuecuecha Mendoza**

El objetivo de este trabajo es contrastar dos aspectos acerca de la vejez: la imaginada y la vivida presente en tres obras de María Luisa Puga (1944- 2004): *La Viuda* (1994), *Nueve madrugadas y media* (2002) y *Diario del Dolor* (2004). En la primera novela, dedicada a una familiar, María Luisa Puga imagina la vejez que debe vivir el personaje protagonista de nombre Verónica, mujer de sesenta y ocho años que ha vivido cincuenta, casada y de cuyo matrimonio procrea tres hijos. A raíz de la muerte de su esposo, Verónica se plantea qué hacer con su vida. Por otro lado, en *Nueve Madrugadas y Media* (2002), María Luisa Puga se autoficcionaliza a la edad de cincuenta y cinco años, conversando con un joven becario de veinticinco, reflexionando acerca de su juventud perdida y la llegada de una nueva etapa de su vida: la vejez. Asimismo, en *Diario del dolor*, la autora vierte sus experiencias acerca de la enfermedad de artritis reumatoide inflamatoria que poco a poco le quita movilidad y la posibilidad de tener una mejor calidad de vida a nivel físico. Así, podemos observar que en

* Universidad Autónoma de Tlaxcala.

una novela, Puga vierte la vejez imaginada, quizá, incluso, idealizada que le gustaría vivir, mientras que en *Nueve Madrugadas y media* recuerda sus años de juventud y los compara con la sensación de vejez y cansancio que invade su ánimo. Finalmente, en *Diario del dolor* nos muestra la dolorosa realidad de vivir una vejez prematura, pues tan solo contaba con cincuenta y ocho años de edad. En este trabajo, emplearemos algunas reflexiones de Simone de Beauvoir de su libro *La Vejez* (1980).¹

LA VEJEZ

De acuerdo con el INEGI (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática), una persona es considerada vieja o persona mayor (eufemismo para evitar la discriminación) a los sesenta años. Sin embargo, otras fuentes señalan los setenta como la edad en que se considera a una persona vieja, ya sea hombre o mujer. Por otra parte, otro de los muchos logros de la lucha de las mujeres por construir una identidad pensada por y para las mujeres ha logrado ampliar el reloj biológico de éstas, ya que tradicionalmente estaba determinado por la función biológica reproductiva de las mujeres, es decir, está anclada en *lo femenino*, en el ideal de mujer pensado por y para los hombres. En consecuencia, una mujer abandona la niñez en cuanto comienza su menstruación y la edad ideal para ser madre se extiende hasta los treinta y cinco años. La madurez surge cuando comienzan los síntomas de la menopausia aproximadamente a los cuarenta años, y la vejez a los cincuenta. En contraste, hoy día mujeres de cuarenta años, que se han dedicado a sus actividades profesionales, apenas tienen su primer parto y las mujeres de cincuenta años están en la madurez de su vida profesional e intelectual. Por lo tanto, este trabajo retoma esta categoría feminista de la vejez.

¹ De Beauvoir, Simone (1980). *La Vejez*, México: Sudamericana/ Hermes.

Simone De Beauvoir en el capítulo “Descubrimiento y asunción de la vejez. Experiencia vivida del cuerpo”² (1980) señala que la vejez se apodera de nosotras por sorpresa y es difícil de asumir, ya que siempre la habíamos considerado como una especie extranjera. Se pregunta “¿entonces me he convertido en otra mientras sigo siendo yo misma?”³ Puga llega a la misma pregunta cuando en *Inventar ciudades*, a través del personaje de Licha, dice: “Es la vida que va transcurriendo como el tiempo de cocción del filete. Se enriquece, se complica, se mezcla, se transforma, adquiere distintas identidades durante el proceso”.⁴ Pero sigue siendo ella misma, aunque distinta, asumiendo y abandonando cada identidad: la de niña, joven, mujer, mujer madura, mujer enferma o mujer que se siente vieja. Estos cambios físicos que el cuerpo registra anuncian, en este caso, la llegada de la vejez, la cual vivimos a través del cuerpo cuando notamos su deterioro, manifestado en enfermedades como reumatismo, gripas frecuentes o el encanecimiento del cabello, debilitamiento de los dientes, olvidos constantes, cambios hormonales y flacidez en la piel.⁵

Como vemos, el deterioro del cuerpo es el primero en evidenciar la llegada de esta etapa de la vida, pero ¿qué ocurre con las esferas social, cultural y psicológica? De Beauvoir señala que la vejez debe ser entendida no sólo como un destino biológico, sino que se debe tomar en cuenta el aspecto cultural, ya que cada sociedad tiene una escala de valores y le asigna al viejo su lugar en ella. De Beauvoir menciona en su exhaustiva obra que algunas sociedades creen que la vejez aporta experiencia y sabiduría; por ejemplo, los chinos a través de Confucio entendían la vejez como un estatus privilegiado, ya que los viejos son sabios y, por lo tanto, sus opiniones o puntos de vista son valorados. Sin embargo, en otras culturas, la vejez consiste en un proceso

² *Ibid.*, p. 339.

³ *Ibid.*

⁴ Puga, María Luisa (1998). *Inventar ciudades*. México: Alfaguara, p. 109.

⁵ *Op. cit.* De Beauvoir, p.343.

de declinación y el viejo carece de respeto en todos los sentidos: familiar, social y cultural, ya que, al no producir ni aportar en la economía familiar, la manutención del viejo resulta una carga y suelen ser olvidados, menospreciados y rechazados.

La filósofa francesa considera que la vejez es una declinación biológica en la que el cuerpo se deteriora irreversiblemente; sin embargo, afirma, no se consideran los aspectos espiritual y mental del viejo; y, aunque este último también es afectado por la vejez con la pérdida de la memoria o con otras enfermedades de tipo mental (demencia senil o Alzheimer), no en todos los casos ocurre así. Por otro lado, De Beauvoir⁶ (1980) menciona que en las culturas que valoran a los viejos como portadores de sabiduría y experiencia, el anciano cuenta con autoridad en el grupo social; no obstante, con las mujeres viejas no es así, ya que no son tomadas en cuenta y mucho menos consideradas como autoridad en la sociedad.

Veamos qué ocurre con los personajes protagonistas de las obras en estudio.

LA VEJEZ IMAGINADA

Como ya he mencionado, Verónica queda viuda cuando tiene sesenta y ocho años; se casó cuando tenía dieciocho y, por lo tanto, estuvo casada cincuenta. Tiene tres hijos que tienen su vida hecha e intentan protegerla. Verónica no permite que éstos le organicen la vida al lado o con ellos. Por eso decide vender su casa en Acapulco, de donde es oriunda, y comprar otra en Pátzcuaro, Michoacán, lugar en el que vive su gran amiga de la infancia, Pina. Podríamos preguntarnos por qué Verónica no decide vivir con Pina, dado que ésta le indica que tiene un pequeño chalet amueblado donde puede instalarse. La respuesta parece ser que a la autora le interesa desligar a su personaje

⁶ *Ibid.*, De Beauvoir, p. 356.

de Verónica de cualquier dependencia con otra persona; por lo tanto, Vero decide vivir sola en una hermosa casa opuesta al trópico que está acostumbrada a ver.

Otro aspecto interesante que se observa en esta construcción de la vida de una mujer mayor es la posición económica de la que disfruta la protagonista. Como ya he indicado, ésta compra una casa en Michoacán, además con la ayuda de Pina, contrata personas confiables que la ayudan en las labores domésticas y la trasladan de un lado a otro por los espacios de la población donde vive.

Asimismo, pese a sus sesenta y ocho años, Verónica goza de excelente salud y sólo padece un poco de reumas que le hacen detener el paso para cuidarse de alguna caída que es su mayor temor. Aunque la viuda tiene todos estos aspectos de independencia, falta la intelectual, por lo que la autora construye para Verónica una vejez que le da la oportunidad de realizar lo que más deseaba: leer historia. Por eso, la viuda compra libros que le gustan, como *La verdadera historia de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo o sobre las costumbres de la gente de Pátzcuaro. También disfruta de la comida regional y de agradables tardes de charla con Pina o con gente del lugar.

Como observamos, la vejez para Verónica se convierte en una forma de realización, del ser para ella misma, dado que en su juventud no tuvo tiempo porque la maternidad y las labores de esposa, es decir, el ser para los otros, se lo impidieron. Por lo tanto, la viuda alcanza su independencia y plenitud, y la defiende a toda costa de sus hijos que con argumentos sentimentales intentan arrebatársela. Se trata de una vejez positiva y feliz que se aleja de lo que Simone de Beauvoir señala en su libro ya mencionado.

NUEVE MADRUGADAS Y MEDIA: LA SENSACIÓN DE VEJEZ

En *Nueve madrugadas y media*, la autora se autorrepresenta a los cincuenta y cinco años, mientras que en *Diario del dolor* tiene

cincuenta y ocho, y muere a los sesenta. Considero que la autora, aunque en su obra es una mujer fuera del patrón patriarcal femenino, no escapa a las consideraciones machistas sobre las etapas biológicas de la mujer, por lo que se siente vieja sin serlo aún. Sin embargo, en este estudio analizamos la sensación de vejez que Puga muestra en estas obras, porque como hemos visto, de acuerdo con el INEGI, la vejez inicia a los sesenta años.

En efecto, en *Nueve madrugadas y media* podemos apreciar cambios biológicos en la escritora (que representa a la autora), que a los cincuenta y cinco años de edad siente que la vejez le cayó por sorpresa, como le menciona a Hernández:⁷

—[...] Quiero preguntarte otra cosa. ¿Cómo le hiciste para envejecer?

—No hice nada. Sucedió. Yo creía que nunca iba a envejecer y riájtelas. Estaba convencida de que a mí nunca me iba a pasar y me está pasando.

A lo largo de la novela, la escritora menciona que se siente vieja porque su cuerpo presenta cambios, como el hecho de que los dientes le empiezan a dar problemas: “[] los dientes son un proceso en movimiento, Hernández. Uno no tiene dientes buenos y ya. Todo en el cuerpo se va moviendo, se va desgastando, se va deteriorando. Nos empezamos a hacer polvo desde el momento de nuestro nacimiento”.⁸

Otro síntoma del deterioro físico es el sexo, el cual ha dejado de llamarle la atención:

El sexo y yo ya no. No me interesa. El otro día oí que existían los “consoladores”. Me dio vergüenza ajena. Según yo, tuve mi vida sexual, que fue pues yo diría que bastante completa. Ahora lo que quiero es cariño, apoyo, amistad, no sexo []. No me hace falta el

⁷ Puga, María Luisa (2003). *Nueve madrugadas y media*. México: Alfaguara, p. 127.

⁸ *Ibid*, p. 108.

sexo. El sexo, Hernández, no lo es todo. Es una parte importantísima, pero no lo es todo. Lo sé ahora.⁹

La escritora Puga, alter ego de la autora, vive una vejez (aunque prematura) digna a nivel profesional y económico, pues Hernández se sorprende de la amplia y cómoda casa de la escritora, que en la realidad extratextual era así: “—Es que veo las comodidades. Que antena parabólica, alberca, casa en medio del bosque hasta donde sé los escritores viven muy austeramente”.¹⁰ Es decir, Puga, tanto la autora como la protagonista de esta novela, no tuvo una incipiente vejez con pobreza o con el rechazo de su familia, como menciona De Beauvoir que ocurre con algunos ancianos. Al contrario, Puga ostenta una posición económica holgada, productiva —pues escribe y asiste a las presentaciones de sus novelas, como en la realidad extratextual también sucedió— y con un estatus social y profesional de reconocimiento a su talento artístico y personal.

DIARIO DEL DOLOR, UNA VEJEZ ANTICIPADA Y DOLOROSA

Aunque *Diario del dolor*¹¹ no es el diario íntimo, en bruto, sino una selección de las vivencias de Puga, sí podemos advertir que funciona como un instrumento para aliviar el sufrimiento físico y emocional que padece la autora por la artritis reumatoide inflamatoria. Puga inició una lucha contra esta enfermedad en 2001, sin embargo, los malestares ya le aquejaban desde tiempo atrás, como ella misma lo indica: “NADIE, desde 1985, habló de artritis y mucho menos de cadera. Se hablaba siempre de columna y en una ocasión de reumas (la humedad de la casa era la explicación). ¿Cuándo comencé a cojear? Esporádicamente,

⁹ *Ibid*, p. 119.

¹⁰ *Ibid*, p. 59.

¹¹ Puga, María Luisa (2004). *Diario del Dolor*. México. Alfaguara, Claustro de sor Juana, Fonca.

por temporadas, desde 1985. Cuando se volvió visible fue en 1994".¹² Como vemos, la enfermedad fue detectada cuando ya había progresado en su organismo, causando estragos que se extendían gradualmente.

Ahora bien, María Luisa Puga estaba acostumbrada a canalizar sus emociones y vivencias en su cuaderno o diario, en particular las dolorosas, ya fueran físicas o emocionales. Por lo tanto, desde pequeña encontró en el diario la función terapéutica que se le adjudica a este subgénero. Por ello, el dolor que le provocaba la enfermedad lo expresó en él.

De esta manera, *Diario del dolor* es un diario literario en el que Puga narra su batalla contra la artritis y vuelve personaje al dolor que siente. Así, Dolor, con mayúsculas porque es un personaje dentro del texto, tiene una apariencia física, que Puga describe: "[...] es delgado, untuoso, oscuro",¹³ más adelante señala con humor: "huesudo, amarilloso, si no supiera que es él, diría: allá va otra víctima del SIDA".¹⁴ También le inventa a Dolor unos padres: "¿Quiénes habrán sido tus padres? Sufrimiento y Resignación. Los imagino. Provincianotes y cuadrados. ¿Cuántas veces los viste sonreír? Y a ella ¿cuántas veces los gestos de cariño no vinieron acompañados de un suspiro doloroso?"¹⁵ El hecho de personalizar el dolor que le causaba la artritis muestra el sufrimiento intenso de Puga, que trataba de soportarlo con medicamentos, operaciones, así como con su imaginación y un optimismo que también inventaba.

En *Diario del dolor* María Luisa Puga, se encuentra en estado yacente: la artritis inflamatoria la va inmovilizando paulatinamente hasta reducir su campo de acción a su casa en el bosque, la cual recorre con su silla de escritorio con ruedas —no de ruedas—, pues Puga se resistía a la idea de una silla para minusvía-

¹² *Ibid*, p. 49.

¹³ *Ibid*, p. 12.

¹⁴ *Ibid*, p. 44.

¹⁵ *Ibid*, p. 69.

lidos. La protagonista está en contacto con su cuerpo, del que registra los cambios ocasionados por la enfermedad: el dolor, la inmovilidad, la nula actividad sexual, pues su cuerpo no toleraba ser tocado.

Concluyo con estas ideas: María Luisa Puga construyó una vejez ideal para Verónica, la protagonista de su novela *La Viuda*, pero también un ideal que puede ser alcanzable para muchas mujeres porque la vejez puede ser una etapa de realización y no de declinación a la espera de la muerte. La vejez puede ser una etapa feliz si se la construye de esta manera y se encamina hacia este puerto.

Por otro lado, la vejez real y vivida por María Luisa Puga, nos muestra a una escritora activa que continuaba produciendo sin importar sus malestares físicos, como lo muestra el hecho de que el ocho de diciembre de 2014, diez y seis días antes de su muerte, la escritora acudiera a la presentación de su libro *Diario del dolor*, como si ella escuchara los consejos de Galeno que en el siglo II en su libro *Gerocómica* sugiere a la persona vieja “tomar baños calientes para hidratar el cuerpo, tomar vino y ser activo”.¹⁶ En efecto, María Luisa Puga murió en el Hospital de Nutrición de la ciudad de México, en la Navidad de 2004 a causa de un linfoma detectado tardíamente por los médicos. No fue la artritis reumatoide inflamatoria la causa de su muerte ni el dolor que ésta le causaba, sino otros dolores que se disfrazaron en su cuerpo y ocultaron la mortal enfermedad.

¹⁶ *Op. cit.*, De Beauvoir, p. 144.